

PLUMA Y LAPIZ



NÚM. 72



CARITA DE CERA

RECUERDO que fué en un día claro de Mayo cuando por vez primera detuve la atención en aquella cara triste, pálida, enfermiza, que servía de marco á dos ojos negros, muy grandes, á los cuales rodeaban obscuras y finas cejas y dos anchos y profundos semicírculos violados.

La dueña de aquel rostro, un tanto añorado, que sin ser hermoso poseía un raro atractivo, contaría como unos diez y ocho años y estaba asomada tras los cristales de una ventana de un piso bajo, perteneciente á una casa de regular apariencia.

Mostraba aquella joven, además del rostro, parte del busto, en el cual adivinábase la más absoluta ausencia de morbideces; sus manos, que cruzaba sobre el pecho, eran estrechas, angulosas, de una blancura nívea; su cuello, largo y extremadamente delgado; y en su boca, algo contraída, de labios descoloridos, veíase una expresión acentuada de melancolía, de resignada tristeza, tristeza inmensa y dulce á un tiempo.

De pronto, los negros ojos de aquella cara pálida fijáronse en los míos, irradiando un tan extraño fuego que me turbó, produciéndome algo semejante al vértigo que debe originar el asomarse al cráter de un volcán apagado, en cuyo fondo se presiente la existencia de mares de lava abrasadora.

Seguí mi camino, procurando embriagarme con los esplendores del sol, con la tibia brisa primaveral, con esa oleada de vida que traen consigo las azules golondrinas y el suave aroma de las violetas y los jacintos; pero mis ideas giraban persistentes, tenaces, alrededor de los negros ojos y de la cara pálida y melancólica que acababa de ver asomada tras los cristales de una ventana.

Recordando aquellos ojos y aquel rostro, no sé qué misterioso enlace llevóme á pensar en los mármoles de un sepulcro y en el brillo lúgubre de fuegos fátuos.

Al día siguiente, volví á contemplar á la pálida joven, y así un día y otro la vi siempre asomada tras los cristales de su ventana; pero en cada uno de esos días que pasaban notaba yo en sus mejillas más lividez, una demacración que de ellas rápida se apoderaba, y notaba también en los semicírculos de sus ojeras más profundidad y negrura, en sus ojos mayor brillo y más acentuada la contracción de su boca.

Ocurrióseme en varias ocasiones enterarme del nombre de aquella joven, la cual, víctima de grave enfermedad, corría hacia las regiones de la muerte; pero ¿qué más tenía para mí se llamase de un modo ó de otro? ¿A qué averiguar su nombre?

Conocíala yo por uno, el cual, á mi entender, la cuadraba muy bien: *Carita de cera*.

* * *

Era una hermosa mañana del mes de Julio.

El sol, entrando deslumbrante, ofuscador, hasta mi lecho, aliado con los agudos gritos de los vendedores callejeros, desmoronó el sueño delicioso

en que se extasiaba mi espíritu. Por arte de este sueño, merced á su mágico influjo, *Carita de cera* transformábase en una mujer bellísima. Sí; había desaparecido su intensa palidez para convertirse en un lindo color fresco y sonrosado; su boca era una boca encantadora de rojos labios que sonreían placenteros; el cabello, abundoso y obscuro, caíale en graciosos bucles sobre la redondez de los hombros y sobre la frente de nácar; su pecho, mórbido, oscilaba tentador, movido por un alentar anheloso, y la mirada de sus ojos negros acariciaba los míos dulcemente. ¡Qué hermosa visión!

Desperté, digo, obligado á ello por el brillo del sol y los gritos de los mercaderes ambulantes, y aún no transcurrieran veinte minutos cuando, impelido por un vivo deseo de agitarme, salí á la calle... Miré el reloj, eran las diez, y hasta las once nada tenía que hacer.

Un pensamiento surgió brioso en mi cerebro, tomando posesión de él acto seguido para interrogarme: «¿Estará en su ventana *Carita de cera*?» Y, á continuación, otro pensamiento aherrojando la voluntad, á consecuencia de lo cual quedéme parado en firme, me obligó á discurrir de este modo. «Mira hacia esa tienda de flores que se halla ahí en frente y observa aquellos hermosos ramos de claveles... Anda; escoge uno y llévaselo á *Carita de cera*.»

Obedecí y compré un ramo de claveles rojos, de gran tamaño.

Aspirando con delicia su perfume, crucé de prisa calles y plazas y, cuando menos lo esperaba, pues iba abstraído, reflejando en los espejos de la memoria la encantadora visión que se me apareciera en sueños, me hallé junto á la casa que habitaba la joven enferma, reina de mis simpatías, dueña de mi compasión: *Carita de cera*

No estaba á la ventana ni ésta se hallaba cerrada como de costumbre, sino abierta de par en par. Tal novedad, nada extraña en un caluroso día estival, hízome, sin embargo, estremecer, y es que en el alma existen, siempre ocultas, misteriosas fuerzas que, actuando súbitas en momentos determinados, hácenla prever lo fatal, le anuncian la desgracia próxima á sobrevenir, trazan los amplios círculos en que vertiginoso ha de voltear el dolor.

Lo que presencié al asomarme á aquella ventana, me suspendió el aliento, me estrujó el corazón.

Vi una sala pequeña, sencillamente amueblada, en cuyo centro, sobre una alfombra, entre largas velas encendidas y depositada en blanco y humilde féretro, dormía el sueño eterno, más pálida que nunca, *Carita de cera*.

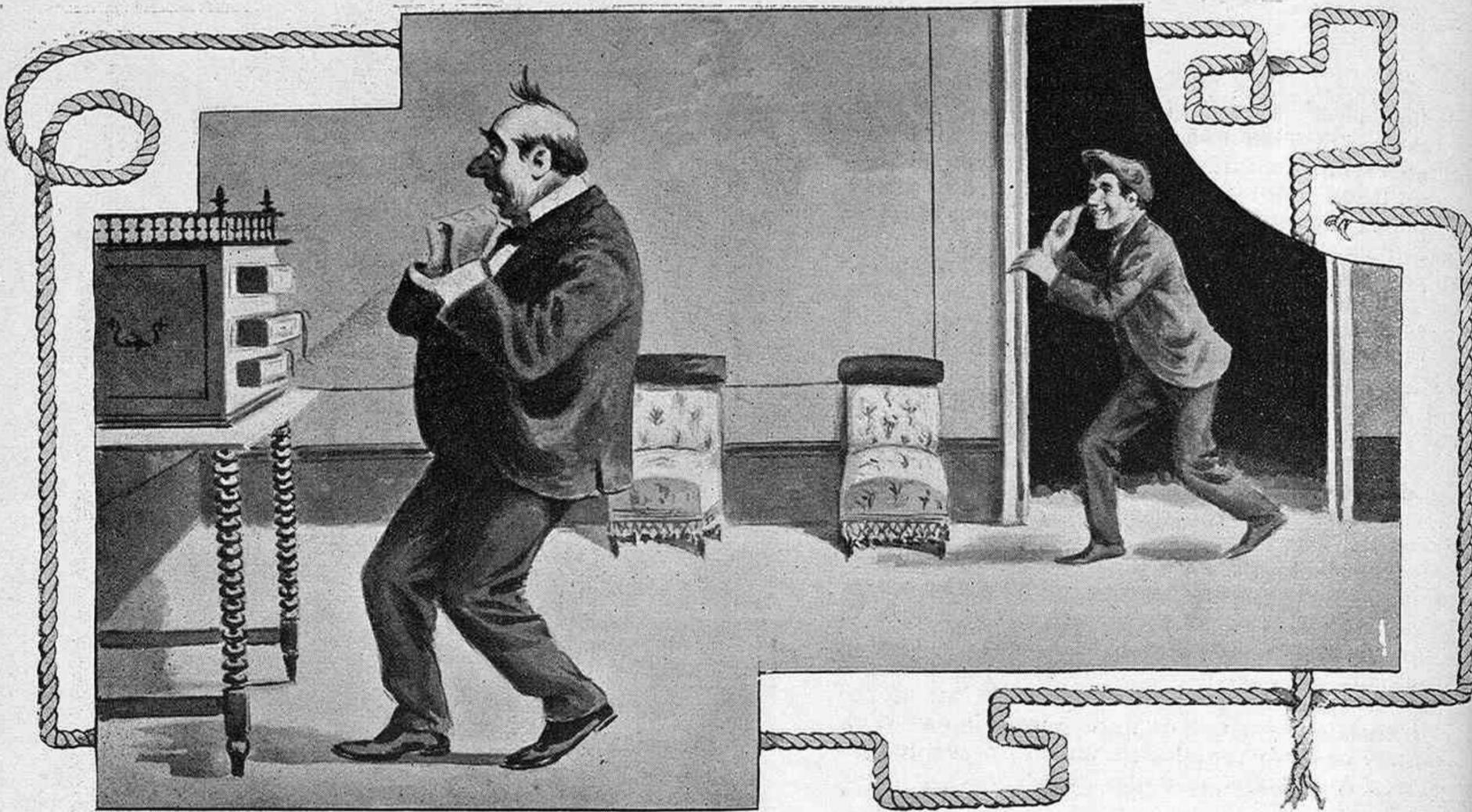
Como en el templo besa el creyente la orla del manto de la virgen, así besé yo el ramo de olorosos claveles y, después, entrando el brazo por el hueco de la enrejada ventana, hice caer las flores sobre el cadáver, al tiempo en que mis labios pronunciaban un triste adiós de despedida.

Y *Carita de cera* sonrió; sí, creedlo, sonrió como deben de sonreír los ángeles que pueblan el cielo.

SILVERIO DE OCHOA



Ilustraciones de PABLO BÉJAR.



FEAS ARTES

VI.—PROCEDIMIENTOS DIVERSOS. — EL DE LA MINA. — EL DE LOS SANTEROS

No cabe dudarlo, vamos democratizándonos. Respetables generales existen que no hallan desdeñoso de vez en cuando colocarse un mandil y un gorro blancos, y empuñando mangos de sartén y raseros olvidanse de sus mortíferos sables mientras se dedican en su cocina á la confección de sabrosos buñuelos ó de pasteles caseros, tan apetitosos que hay quienes se chupan los dedos al comerlos.

De más de un millonario sabemos que, como Tolstoi, halla gran placer en cavar y cultivar algún trozo de terreno, y hasta se dice que cierto Director General lava, por sí propio, sus cubiertos de plata y los limpia con piedra pómez.

¿Por qué, pues, si así se muestran tan distinguidas personalidades, no han de observar también costumbres democráticas ciertos preclaros *artistas feos*? A lo mejor (para los tales artistas), un rico y apergaminado aristócrata ó un acaudalado burgués, de esos que miran con lente, como quien dice, á aquellos á quienes han de honrar con su elevado trato, admiten en el seno de su amistad á cierto caballero elegantísimo, abrigado, de exquisita educación y afectados modales. Pues bien, luego resulta que el tal es aficionado á ciertos trabajos ordinarios, hasta el punto de ser un perfecto *minero*, un hombre que da quince y raya al primero en el arte metalúrgico. Como que entre él y otros que están á sus órdenes son capaces de abrir una mina y extraer de ella riquísimo filón en el terreno menos propio para ello.

El cual señor *minero* llega á saber por boca de sus mismos amigos el lugar en que éstos ocultan sus caudales ó sus joyas. A veces es tan osado que hasta los

visita, para cerciorarse de que no le engañan. Después... con mucha cautela y poquito á poco va escavando con sus comandados ¡qué afán de trabajar! una mina que desde el subterráneo les conduzca hasta la estancia donde se guarda lo que ansía, y he aquí que una noche él y su gente penetran en aquél, para ellos criadero detritico, en el *placer* que ha de proporcionarles tantos otros, y en poco rato se apoderan de los diversos minerales que el *placer* contiene, oro y plata, ó de las piedras preciosas y hasta ¡milagro grande de la moderna ciencia! de lo que no es metal ni piedras valiosas, de billetes de Banco, cosa antes desconocida en las minas, lo mismo que los metales ya acuñados y las piedras trabajadas y limpias. En algo los *mineros* de las FEAS ARTES han de distinguirse de los operarios de las minas ordinarias.

Claro está que los primeros, para cultivar su *arte* no usan idénticos instrumentos que los segundos cuando actúan en su oficio. Estos, por la índole de su trabajo, están condenados á no conocer los más modernos artefactos que se usan en la superficie de la tierra, mientras que los otros, por vivir en ella, ya que pocas veces descienden á las alcantarillas, están al tanto de aquéllos y substituyen las piquetas, azadones y demás aperos por ganzúas, destornilladores y otros útiles con los que perforan y deshacen las cajas de hierro más resistentes, no faltándoles la tan acreditada faca, el nunca bien ponderado puñal y la *callada* navaja, por si se terciá *despachar* á algún indiscreto á quien despierte el ruido que produzcan y desee presenciar la operación sin habersele invitado á ello.

¡Cielos! ¿Quién sería capaz de reconocer al *minero artista* cuando está en funciones? ¿Quién diría que aquel hombre que lleva blusa, pantalón sucio y zapatos claveteados, es el atildado señor que tan ricos ternos luce en hoteles, casinos y salas de espectáculos? Nadie, ni sus mismos amigos, aquellos cuya casa está visitando, pues se ha dado el caso de ser heridos por él, sin haberlo descubierto.

Los *artistas feos* denominados *santeros*, que no son, por cierto, los que cuidan de los santos, también alternan con personas ricas, ya que de no ser así, los infelices no podrían ejercer su *arte*. Lo bien que saben ellos presentarse en las casas y ser admitidos como criados... ¿Pues y lo contentos que suelen tener á sus amos?

Don Serafín toma á su servicio á uno de ellos, y, no obstante ser don Serafín raro é impertinente, se admira de que su fámulo cumpla perfectamente su misión, sin incomodarse ni contestarle como todos los que anteriormente ocuparon su puesto.

—Es una gran cosa ese muchacho, — suele decir á los amigos. — ¡Qué modo tiene de arreglarlo todo! Sirve la mesa como nadie; todo lo tiene en orden; no sisa, ni bebe, ni jura, ni fuma. Ya puedo dejarme donde quiera los tabacos habanos y las botellas de licores destapadas; ni los huele... Sobre todo para la limpieza no tiene rival... ¡Qué modo el suyo de limpiar las ropas y el calzado! ¡Oh! ¡cómo limpia!

—Pues, no me gusta su manera de mirar.

—Pero si mira modestísimamente, sin alzar apenas los ojos... En particular el izquierdo.

—¡Ya, ya! Como si tuviera algo en él que le impidiese mirar cara á cara.

—Vaya, don Hermógenes, se pinta usted solo para desacreditar á las gentes. Tiene usted una lengua viperina. Mire que hablar así de los ojos de mi lealísimo servidor... ¿Que no los alza? Pues lo prefiero: señal de mansedumbre. Bien está ese ojo izquierdo, que es el que mueven con más constancia las personas descaradas, en su semi-inmovilidad; así me satisface.

Dos meses después, cuando el *artista-santero*, convertido en doméstico temporalmente, ha conseguido la total confianza de su dueño, va á visitarle don Hermógenes y halla á éste desesperado, arrancándose los pocos cabellos que adornan su calva.

—¿Qué es eso?—le pregunta. —¿Está usted poseído de los demonios, ó tiene dolor de muelas?

—Ni me poseen los demonios, ni me quedan muelas, ni alhajas, ni calma, ni nada...

—Como si me hablase usted en igorroto. No entiendo ni esto. (Y se muerde una uña).

—¡Ay de mí! Mi criado me ha robado cuanto poseía y ha desaparecido.

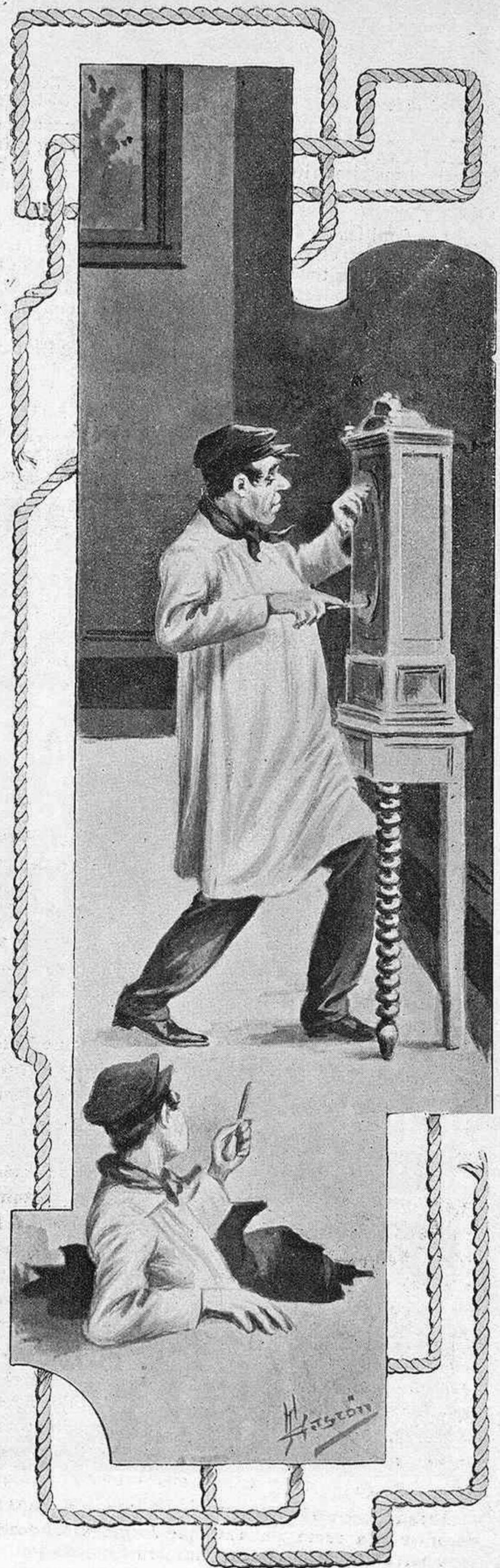
—¡Cómo! ¿Aquel fenómeno en su clase? ¿Aquel que limpiaba tan bien?

—Demasiado bien... Me lo ha limpiado todo.

—¡Si ya lo decía yo! Si aquella mirada... sobre todo la de aquel ojo izquierdo...

—Y yo, que no hice caso de la observación de usted... ¡Pues apenas si no era nada lo del ojo!

JULIO VÍCTOR TOMEY



LA EDUCACIÓN

La sociedad española, educa á sus mujeres para meretrices.

ERAN muy niños aún Enriqueta y Jorge, cuando sus padres respectivos autorizaron tácitamente unas necias relaciones amorosas entre ellos, comenzadas á fuer de juegos infantiles, proseguidas con entusiasmo de adolescentes, llevadas á su término legal, el matrimonio, cuando la luz de la razón, alumbrando la magnitud del desatino, era insuficiente para disipar el nubarrón que las exigencias sociales y las imposiciones de una mal entendida dignidad, cernían sobre las juveniles cabezas de los contrayentes.

Las familias de ambos habían ocupado lo que vulgarmente se llama *buena posición*; esto es, un puesto de altura relativa en la extensísima clase media, tan llena de necesidades como poco sobrada de recursos. Hijos únicos los dos, desvivíanse en sus casas por darles toda clase de gustos, satisfaciendo hasta sus más insignificantes caprichos.

Incentivo poderoso del naciente fuego, fué la conducta desplegada por los padres de los enamorados: los de Enriqueta veían en Jorge un muchacho dócil y estudioso, con porvenir al parecer seguro, acaso brillante, si la protección paterna no le faltaba antes de tiempo; el padre de Jorge, (pues su madre había muerto al darle á luz), encontraba que Enriqueta podía colmar muy bien las aspiraciones de su hijo: era hermosa, discreta, bien educada, y el boato con que la casa de sus padres se sostenía, era indicio de que el día de mañana no sería pobre; análoga creencia alimentaban aquéllos, sin comprender unos ni otros que los ingresos de ambas casas nunca superaban á los gastos, siguiéndose en ambos hogares, aunque sin aparentarlo jamás, la perniciosa costumbre que, si bien endémica en todas partes, constituye una epidemia madrileña, de vivir, según la frase corriente, *al día*.

Salieron, pues, fallidas todas las esperanzas paternas; el progenitor de Jorge murió cuando éste á duras penas había terminado una carrera facultativa, de las que pueden ser un sólido cimiento cuando se cuenta con grandes influencias ó se posee



talento nada común, pero que por sí solas no constituyen más que un germen de derechos ilusorios sin resultado alguno positivo. Quedó entonces también de manifiesto que el presunto caudal de Jorge era un mito, y aunque al comprenderlo los padres de Enriqueta quisieron dar contra-vapor, era ya demasiado grande el impulso adquirido, sin que fuera posible, por otra parte, que hiciesen gran fuerza en tal sentido, pues, con escasísimo intervalo, no tardaron en bajar entrambos al sepulcro.

En tan duro trance, Jorge mostró una vez más la magnanimidad de su corazón y la grandeza de su alma casándose con Enriqueta, desamparada y sola, sin más auxilio que el que su novio pudiera prestarle.

Los primeros meses de matrimonio fueron tristes, tristísimos, abrumadores para los dos esposos: al dolor natural que las recientes desgracias les producía, uniéndose, para acrecentar sus zozobras, la idea del porvenir, preñado de negruras y de escaseces, pues aunque se redujeron mucho los gastos, los efímeros ahorros con que contaba hasta encontrar salida, íbanse mermando de un modo alarmante.

Entonces fué cuando se puso de manifiesto lo pernicioso de la educación recibida, las dañinas influencias de la infancia y pubertad pasadas entre mimos exagerados y lujo ficticio, respirando el ambiente de una ilusoria opulencia. Dura era la brusca transición para Jorge; pero al cabo, su carácter resignado hacía llevar con menos desesperación, aunque con más angustia, su calvario. A Enriqueta, tan prendada de sí misma, el verse oscurecida y postergada, producía dolor agudísimo, que se traducía en acerbo llanto y en constantes recriminaciones á Jorge, mudas al principio, pero claras y ostensibles más tarde; pues ella, en su obcecación y orgullosa intransigencia, sólo atribuía las desdichas actuales á su marido y al padre de éste, no á los suyos, que tan activamente colaboraron en la misma funesta obra.

Vino á agravar la situación el nacimiento de un niño. Tal suceso, en todas partes señuelo de venturas, fué para los dos esposos un nuevo motivo de disgusto: Jorge gozó al verse reproducido en el tierno Gonzalo; pero las escaseces habían casi atrofiado en Enriqueta la fibra del sentimiento, y su indiferencia para con el hijo que acababa de nacer, no podía menos de motivar serias reconvenciones, aunque dulcemente manifestadas, por parte de su marido.

Pero dice el refrán que Dios aprieta y no ahoga; y una confirmación del popular aforismo fué la colocación conseguida por Jorge, tras de hacer no pocas antesalas, merced á la oportuna intervención de un antiguo compañero de su padre que no le abandonó en la desgracia, como tantos otros habían hecho. Mas el empleo logrado era mezquino; lo suficiente para no morir de hambre, para no ahogarse en las apreturas de la escasez.

se: no para otra cosa. Cincuenta duros, en Madrid, dan para pocos milagros, y mucho menos si han de estar manejados por quien desconoce las máximas utilísimas del ahorro; de aquí que la situación angustiosa del matrimonio apenas mejorase de aspecto, pues aunque Jorge, sacando fuerzas de flaqueza, procuraba aprovechar las contadas horas libres que le dejaba la oficina, para buscar trabajos suplementarios, eran éstos tan escasos y mal retribuidos, que más que ayudarle, le perjudicaban no poco, pues dedicándose á ellos, abandonaba durante largas horas á Enriqueta, dejándola en una libertad perniciosa, que debía ser causa de la hecatombe.

Este peligro latente que semejante cualidad de Enriqueta implicaba para Jorge, nunca fué por éste considerado como tal: en su nobleza de espíritu, no concebía que la traición pudiera albergarse en el alma de la madre de su hijo.

En las forzosas y prolongadas ausencias de Jorge, Enriqueta acostumbraba salir sola, bien á casa de alguna de las pocas amigas que en la penuria continuaban otorgándole su trato, bien á realizar pequeñas compras, ó simplemente á ver escaparates, solazándose en la contemplación de lo que le estaba vedado poseer. Un día, al pasar por una de las más populosas calles del centro, escuchó un requiebro brutal, de labios de uno de tantos desocupados que parecen distraer su ociosidad piropeando á cuantas mujeres pasan por su lado:

—Buena tonta es usted, preciosa mía, si con esa cara y ese cuerpo, tiene humor de llevar el vestido ajado y los zapatos deslucidos...

La sangre de Enriqueta hirvió con efervescencias de lava candente: todos sus apenas contenidos rencores, todas sus mal disimuladas contrariedades, le asomaron al rostro enrojeciéndolo con vivo carmín; en aquel momento se avergonzó de su pobreza, casi sintió despecho por ser honrada.

Desde aquel día, comenzó el infeliz Jorge á apurar la copa de la amargura: ya no encontró en su mujer el cariño de los primeros tiempos, ni siquiera la condescendencia piadosa de los últimos; desvío, aversión, desprecios á cada instante, escuchando sin cesar, á modo de sempiterna salmodia, las quejas injustas sugeridas por la comparación de las escaseces del presente con las abundancias del pasado...

Una noche, Jorge, al regresar de sus tareas cotidianas, deseoso de estrechar entre sus brazos al pequeño Gonzalo, y de extasiarse contemplando á su mujer, tanto más adorada cuanto más esquiva, sorprendiéndose al encontrar abierta la entrada de la humilde mansión. Cruel presentimiento acometióle, y, empujando la entornada puerta, penetró como un torbellino en las habitaciones... Enriqueta no estaba en la casa: en la obscuridad de la alcoba, escuchábase el monótono gemido de Gonzalo; encima de las almohadas del tálamo nupcial, que Jorge palpó febrilmente por si en él se hallaba su mujer, acaso enferma, sólo encontró un papel plegado, que con mano temblorosa desdobló para leerlo á la débil luz que por las vidrieras del balcón se filtraba:

«Perdóname... soy una infame... pero la pobreza me asusta... la miseria me causa miedo... Olvídame y haz que no me maldiga nuestro hijo...»

Aquel fué el golpe de maza con que el empedernido matarife remata la res en la carnicería: Jorge cayó al suelo como herido del rayo: al volver en sí, abrazóse á su hijo, y largo rato sus convulsivos sollozos turbaron el silencio de la estancia, sumida en la penumbra del amanecer.

No bien fué de día, Jorge se echó á la calle para buscar cuarto: mudóse al punto, y en la nueva casa, hízose pasar por viudo. Cuando hacían la instalación de sus escasos enseres, al pasar frente á un espejo, vió su imagen en él reflejada: en el transcurso de unas cuantas horas, había encanecido, y su rostro hallábase surcado de arrugas...

Al amparo de su padre, Gonzalo creció y se hizo hombre; creyéndose huérfano de madre, el autor de sus días hábale enseñado á venerar su recuerdo, y más de una vez estampó un ósculo amoroso en la fotografía de Enriqueta que Jorge llevaba siempre consigo. Laborioso como su padre, pero más afortunado que él, no bien terminada su carrera, comenzó á trabajar con suerte, echando los cimientos de una reputación sólida como médico distinguido.

Jorge no había vuelto á ver á su esposa, pero á hurtadillas de todos, casi de sí mismo, iba siguiendo paso á paso las vicisitudes de su vida escandalosa de cortesana elegante. Algunas de sus escabrosas aventuras, habían *hecho ruido* durante varios años, luego, nada se volvió á saber públicamente de la desgraciada, cuyas huellas fueron perdidas en absoluto por su marido al cabo de algún tiempo.

Dirigíase Gonzalo una tarde á sus visitas, cuando al abrir la puerta de su casa, encontróse pegada á ella una mujer de aspecto humilde y lloroso semblante, que al verle salir, dió un grito desgarrador, tratando de arrojarle á su cuello.

—¡Hijo! ¡Mi Gonzalo! ¡Reconóceme! ¡No me maldigas! ¡¡Soy tu madre!!

Gonzalo, confuso y sorprendido, hizo pasar á la antesala á la infeliz: creyéndola desequilibrada, pues á ello le inducía, tanto su aspecto, como el título con que se le presentaba, conformóse con suministrarla algunos auxilios puramente facultativos, despidiéndola al cabo.

—Mi madre no existe, señora; murió al darme á luz...

Jorge, atraído por las voces, penetró en aquel momento en la antesala; algo anormal presentía, pero no imaginó la formidable sorpresa que le aguardaba; rehízose al momento, sin embargo, y el recuerdo de los veintidós años transcurridos, se le vino á los ojos, cegándole con rencorosa nube. Sus antiguas ideas de perdón y misericordia, desaparecieron, dejando paso á los pensamientos de venganza... Enriqueta le vió, y dirigió hacia él los brazos con ademán suplicante.

—¡Jorge! ¡Convéncele y perdóname!

Lívido, petrificado, Jorge, desde el umbral de la puerta, miró á su hijo:

—Es una loca, Gonzalo;—y dirigiéndose á los criados, que atónitos contemplaban la escena, exclamó imperiosamente:—¡Haced que salga!

Enriqueta lanzó un rugido terrible: sin aguardar á que se cumpliera la orden de su esposo, dirigióse tambaleando á la puerta, cuyos goznes giraron á su paso.

Gonzalo la vió marchar con sensación inexplicable: volvióse luego hacia el autor de sus días, pensando acaso interrogarle acerca de su dureza con la demente: no tuvo tiempo. El infeliz Jorge, después del esfuerzo realizado, fué presa de convulsión nerviosa; sus dientes castañeteaban, sus miembros eran sacudidos por tetánicos espasmos... Gonzalo acudió á él solícito.

—¡Padre! ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

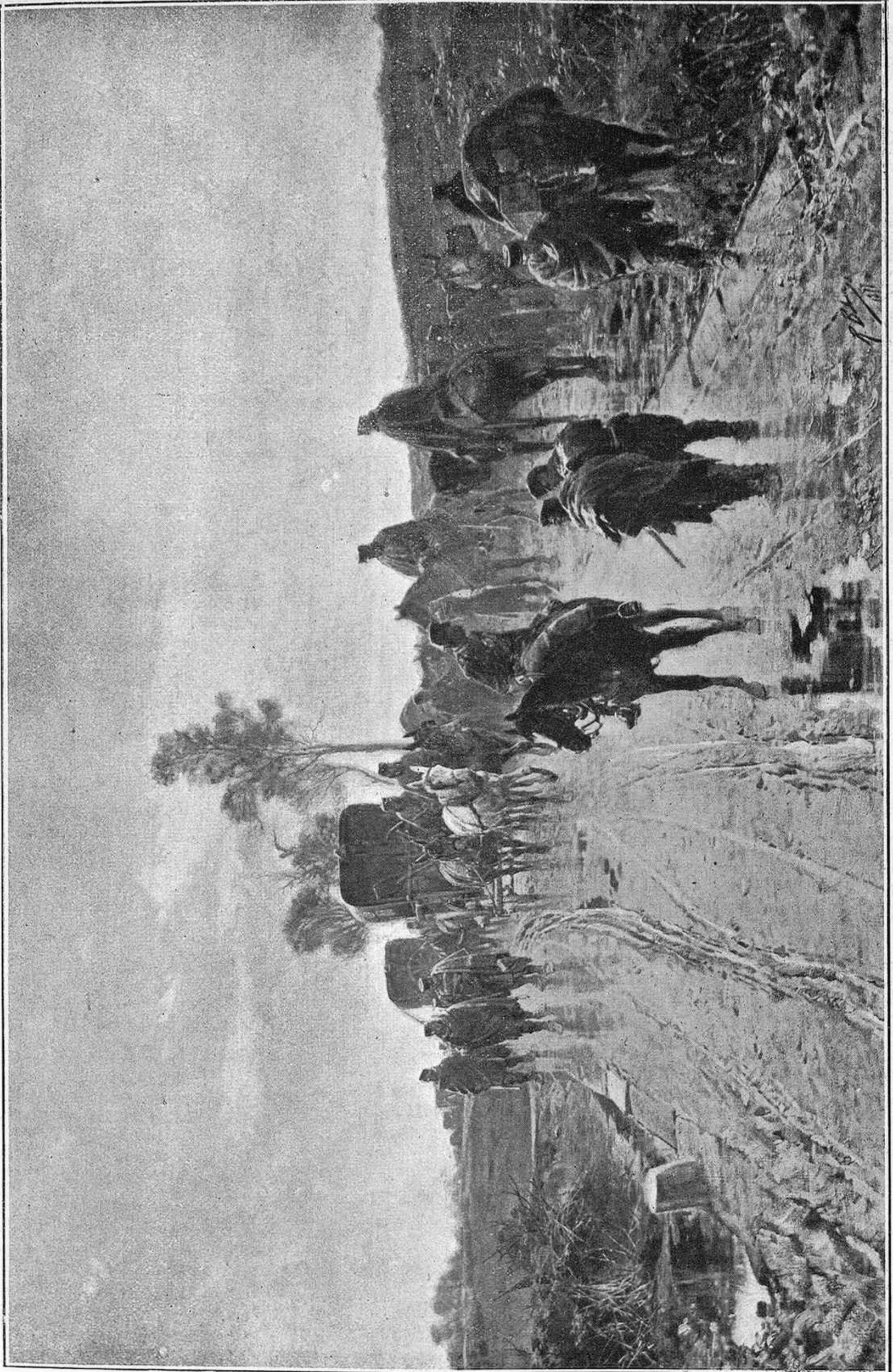
—Gonzalo... Es ella... tu madre... no murió... Yo nunca te lo había dicho... ella fué mala... ¡pero es tu madre!...—Y, entre sollozos, con palabras entrecortadas, quiso esbozar la negra historia secreta de su vida.

Gonzalo no le escuchó más que las primeras frases: precipitóse á la escalera, abriendo la puerta á empujones... No tuvo que andar mucho: en el rellano tropezó con el cuerpo inanimado de Enriqueta; auscultóla rápidamente, y lanzó un grito ahogado de terror: su pericia no podía engañarle: ¡su madre estaba muerta!

Jorge, al oír el grito de Gonzalo, salió á la escalera con los brazos extendidos hacia su hijo. Este le rechazó con horror: ¡en aquel momento, sólo vió delante de sí al asesino de su madre!

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

R. BALACA



TREN DE LA ADMINISTRACIÓN MILITAR ESPAÑOLA.

Fot. de J. Laurent y C.^ª



DESDE EL
CUARTO-CORRECCIÓN

Carmencita de mi vida:
supongo estarás muy harta
de esperar la larga carta
que te tengo prometida.

Eso es, Carmen, lo concibo,
un abuso de confianza,
pero mi larga tardanza
no carece de motivo.

Porque el estado de mi alma
es tan grave, chacha mía,
que estaba esperando un día
para escribirte con calma.

Pero los días así
no son para mi existencia,
la divina Providencia
no los hizo para mí.

Siempre lleno de aflicción
paso mis días perversos,
haciendo versos y versos
en el cuarto-corrección.

Siempre triste, siempre solo,
alivio mi amargo llanto,
entonando triste canto
inspirado por Apolo.

Bien lo sé que mis pesares
los causa mi negligencia
en cumplir con diligencia
mis deberes escolares.

Bien claro y patente veo
que en mi castigo hay razón,
que este arresto de prisión
yo mismo me lo acarreo.

Mas te digo sin disculpa
y cien veces te repito,
que habrá causa en mi delito,
causa sí, pero no culpa.

Porque juzgando en conciencia,
no peco yo si mi mente
dé en el texto solamente
tu retrato en vez de ciencia.

.....
.....
.....

No quiero pasar de aquí
numerando mis querellas,
pues sólo alcanzo con ellas
hacerte penar á ti.

Espero con ansiedad
tu carta larga, muy larga,
que alivie mi pena amarga
y haga arder mi frialdad.

Una carta en cuyas trazas
y cursivos caracteres,
me repitas que me quieres,
que me envías mil abrazos.

Qué sólo piensas en mí,
sólo en mi felicidad,
Carmencita ¿no es verdad
que me escribirás así?
Y será edén encantado
con esto la corrección,
donde gime el corazón
de tu amante infortunado.

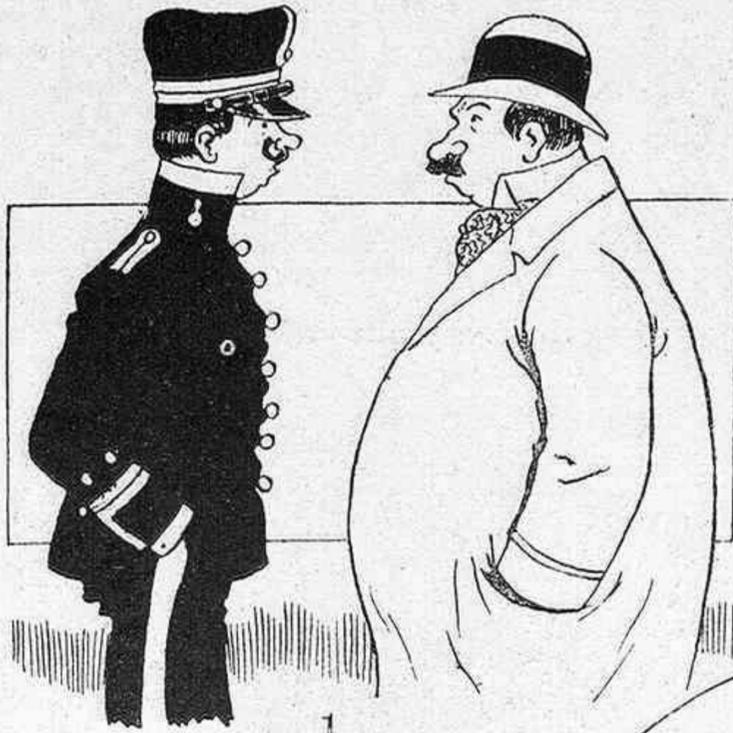
JUAN CUETO

Orla de F. XUMETRA.

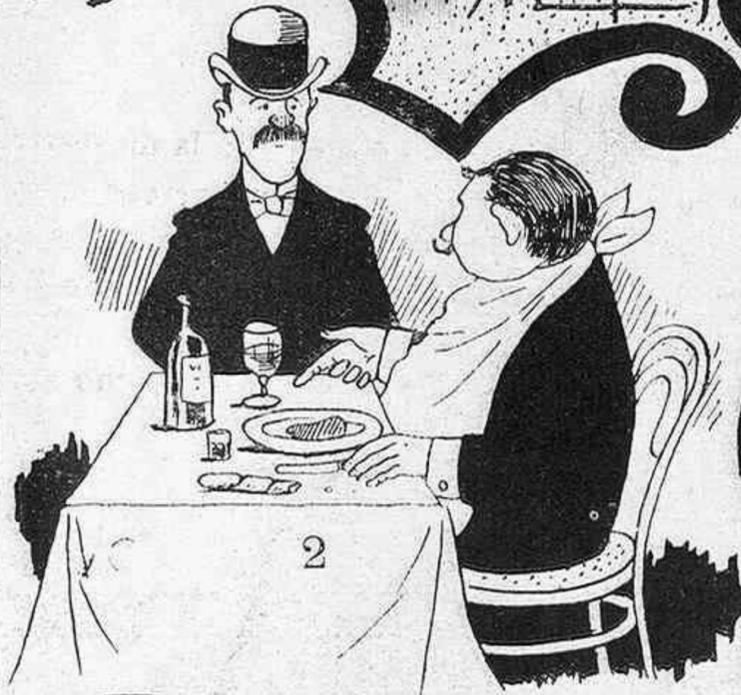
MENUDENCIAS

por

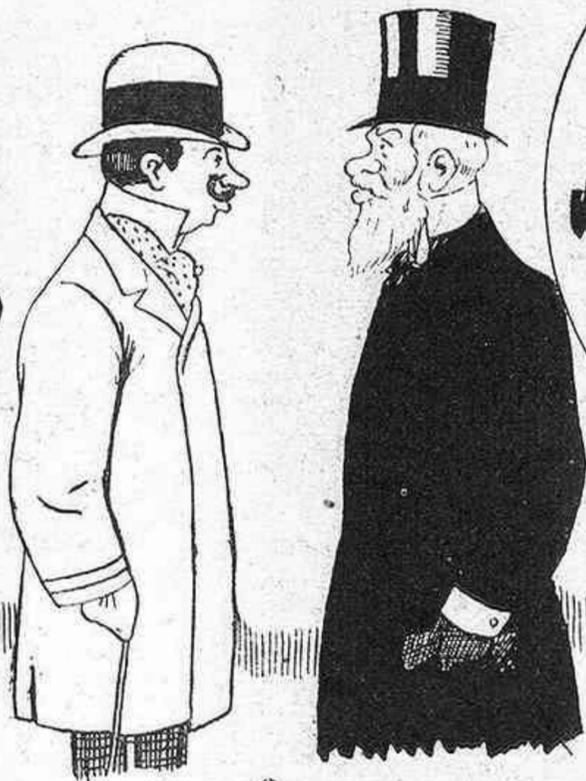
Marquez



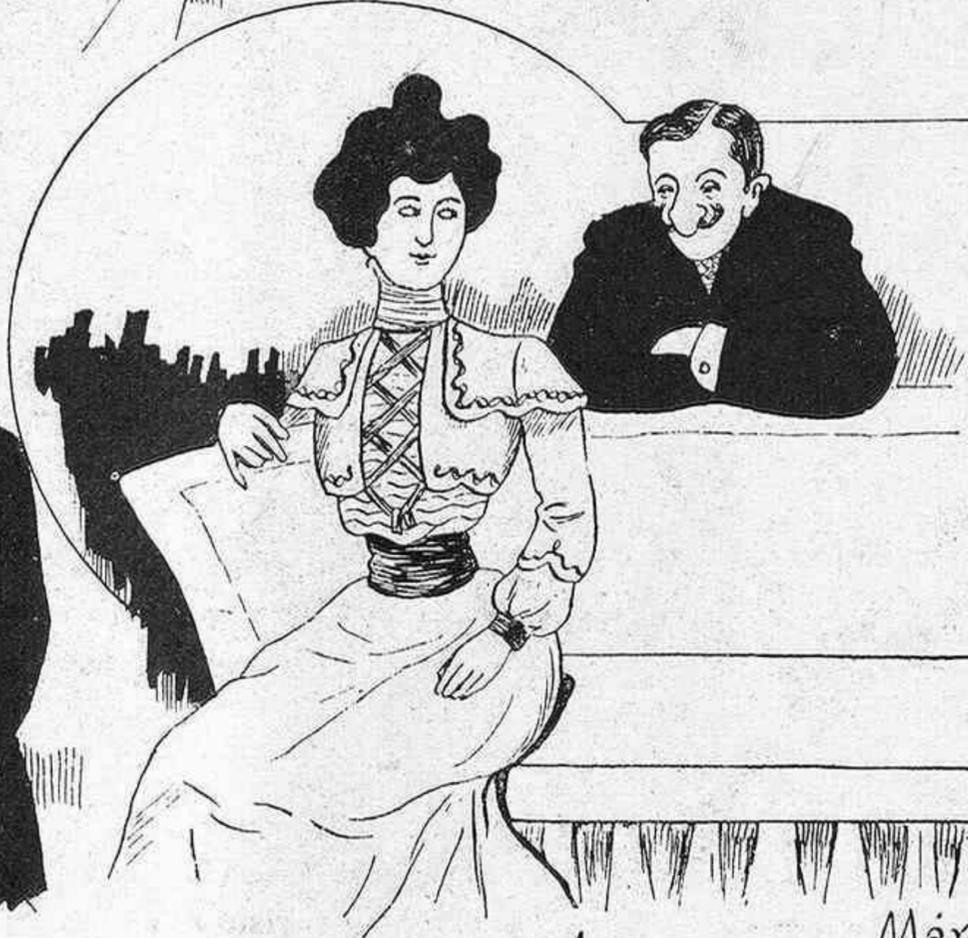
1



2



3



4

Marquez

1.—EL OFICIAL NUEVO: ¿Se acuerda usted que dijo papá que no servía?
—Ya le dije yo que tú tenías cabeza para eso y mucho más.

3.—Me voy á presentar diputado por Leganés.
—Haces bien. Ese debió ser siempre tu distrito.

4.—Si usted supiera lo que la adoro, no me haría sufrir tanto.
—Y si usted se convenciese de que no va á conseguir nada, no me daría tanta lata.

2.—¿Usted gusta?
—No señor; por desgracia.



*Cartel anunciador de la obra «Los titiriteros», por la Compañía Maresca Raineri.—Turín.
SERIE 2.^a*